

MARTÍNEZ LACY, Ricardo, *Dos aproximaciones a la historiografía de la antigüedad clásica*, México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, 173 pp.

*Entre la verdad y la fantasía*

Estimado Ricardo: escribo esta reseña en forma epistolar porque una carta es lo más personalizado que existe, es decir, lo único que hacemos pensando básicamente en un solo destinatario, aunque de manera coqueta dejemos nuestro escrito al alcance de otros lectores. Tu público potencial está formado principalmente por historiadores y amantes de la historia, por especialistas en la llamada tradición clásica y filósofos de la historia. Me invitaste a escribir estas líneas en mi condición de ex profesora tuya de esta especialidad. Espero no decepcionar tus expectativas porque me limitaré a mostrarte que te he leído. Si cumplo con este cometido, me daré por satisfecha.

Confieras que tu libro se gestó en tus anotaciones para los cursos de Historiografía Antigua y de Historiografía Moderna sobre la Antigüedad Clásica que impartiste respectivamente en 1987 y 1989 en la ENEP Acatlán, y para el Taller Internacional sobre Filología Clásica en América que se celebró en La Habana, en mayo de este 1991, e inmediatamente divides tu obra en dos grandes secciones: I El concepto de historia en la historiografía antigua, y II Los métodos de los historiadores contemporáneos de la Antigüedad Clásica (Grecia y Roma), integradas por sendos seis y ocho capítulos, todos de fácil y amena lectura. Dependiendo de cómo lograron interesarme tales secciones, privilegiaré la primera sobre la segunda, comenzando por ésta, donde tratas sucesivamente a Edward Gibbon, Johann Gustav Droysen, Theodor Mommsen, Justo Sierra Méndez, Robert von Pöhlmann, Majaíl Ivánovich Rostovtzeff y Moisés Finley, quienes expresaron “la visión propiamente histórica de una época” (p. 53) acerca del método de la Historia —“un repertorio de recetas” (*ibid.*), le llamas a éste—, que los buenos historiadores, igual que los cocineros importantes, más que aplicarlas mecánicamente, las inventan.

Es encomiable que en cada caso acompañes tus reflexiones de una bibliografía no sólo de los textos que citas, sino también del autor en cuestión, de su época y de su repertorio temático.

Enumeraré qué destacas en cada caso: a) el carácter narrativo y el asunto político de las investigaciones de Gibbon, dedicándole un espacio considerable a discutir su idea de que el Imperio Romano acabó arruinado porque el cristianismo se abrió paso; b) defiendes la denominación de “helenismo” realizada por Droysen de los ataques de Reinhold Bichler; c) después de unos cuantos y significativos datos de la vida y obra de Mommsen, analizas los diez primeros capítulos de su *Historia de Roma*, donde las nacionalidades (los grupos afines) son, para él, los protagonistas de la historia, en búsqueda de la unidad nacional; d) hablas en extenso del maestro Justo Sierra, sucesor en su cátedra de Manuel Payno y discípulo predilecto de Ignacio Manuel Altamirano, y autor de un *Compendio de historia antigua*, que fracasa como libro de texto propedéutico, pero que resulta único tanto por su riqueza de datos cuanto por su enfoque dentro del positivismo evolucionista; e) rescatas las 978 páginas, injustamente olvidadas, según dices, de la *Historia de la cuestión social* de von Pöhlmann, cuyo fin es refutar el socialismo, junto con la *Historia social y económica del Imperio Romano* de Rostovtzeff, que expresa la posición de la burguesía rusa eliminada por la Revolución de Octubre; f) por último te abocas a la definición hecha por Finley de un Estado imperialista. Complemento esta enumeración con un párrafo tuyo:

[...] Gibbon refleja la posición de la ilustración sobre el cristianismo, que Droysen expresa un nuevo punto de vista sobre el mismo problema, que Mommsen puede ser visto como el órgano de la burguesía alemana nacionalista y unitaria, que Pöhlmann da expresión a la preocupación que provocaba en los intelectuales pro-capitalistas el auge de la socialdemocracia, que la obra de Rostovtzeff es el canto del cisne de la burguesía eliminada por la revolución de octubre y que Finley ha dado expresión a las preocupaciones e intereses de nuestro tiempo (p. 170).

Paso a reseñar la primera sección de *Dos aproximaciones...* empezando con tus dos propuestas básicas, a saber, que la historia local es parte de la historia universal y, en dirección inversa, que “toda historia es nuestra historia” (p. 173), y que lo hecho en cada momento depende de una larga historia (ejemplificas esta propuesta demostrando que la misión redentora de herejes que se impusieron los conquistadores españoles en América fue una

actitud derivada, a su vez, de cuando el cristianismo llegó a ser dogma de Estado). Luego, el hombre es un animal histórico que ha ejercido como historiador desde, por lo menos, la época de Heródoto hasta nuestros días. Sin embargo, precisamente porque la realidad es histórica o cambiante, la antigüedad clásica no detentó, sostiene, la misma concepción de Historia que en la actualidad. Primeramente porque el “objeto de la Historia” se transformó, dado que si Heródoto consideraba que es la investigación de hechos memorables –gloriosos e importantes– ni Pitágoras ni Aristóteles establecían un vínculo automático y necesario entre lo memorable, es decir, el pasado, y la “Historia” –o investigación–: el primero dio este nombre a la geometría, al parecer en el sentido de compilación de dichos ajenos, y el segundo tituló “historia de los animales” sus trabajos de zoología. Bajo tu perspectiva, posiblemente Heródoto haya iniciado su obra como mero logógrafo hasta que descubrió como *leitmotiv* las Guerras Médicas, ordenó los materiales de acuerdo con él y creó un nuevo género literario, distinto de la tragedia y la comedia (para los griegos la Historia se limitó, dices, a ser esto).

Entregado en cuerpo y alma a Heródoto, propones la hipótesis “temeraria” de que sus *Historias* se erigen como un monumento conmemorativo de la polis ateniense. La fundamentas en las condiciones personales de él, e históricas, entre otras: la disolución de los fuertemente centralizados estados micénicos, las organizaciones de los campesinos en comunidades domésticas basadas en la propiedad privada, las luchas populares por la igualdad de los ciudadanos, los ciento cincuenta años de lucha por la democracia, los enfoques de la moral y los sentidos de libertad y, consiguientemente, de responsabilidad que se sucedieron, la abolición de la esclavitud por deudas, la resistencia ateniense al ejército espartano, y el establecimiento del consejo representante de diez tribus, que sustituyeron las cuatro tribus aristocráticas.

Consideras que la diferencia entre la *Ilíada* y las *Historias*, entre la epopeya y la Historia propiamente dicha, no estriba en que Heródoto se sintiera narrador “de la verdad en contraposición a inventores de mentiras, sino por ocuparse de una época humana [no divina] y por tratarla de manera distinta” (p. 25). Páginas después (inciso 4) retomas el asunto de las relaciones entre Historia y verdad. Partiendo del *Arte poética* de Aristóteles (9. 51a. 36-52a. 11) concluyes que en Grecia y Roma tampoco existió una implicación forzosa entre ambas, y en prueba recuerdas que Heródoto narraba sueños, Tucídides inventaba disputas privadas y Tito Livio contó sucesos de siglos enteros sobre los

que no había fuentes. Sin negar tus inteligentes observaciones sobre la “revolución cultural” que significó bajar la historia del cielo y centrarla en la tierra, me permito discrepar de tus observaciones respecto a que los historiadores de la antigüedad clásica hayan carecido de un sentido de verdad como correspondencia entre el dicho y el hecho acontecido. Recuerdo tu cita de Aristóteles y la completo:

El historiador y el poeta no difieren entre sí porque el uno hable en prosa y el otro en verso, puesto que podrían ponerse en verso las obras de Heródoto y no serían por esto menos Historia de lo que son, sino que difieren por el hecho de que uno narra lo sucedido y el otro lo que puede suceder. Por lo cual la poesía es más filosófica y más elevada que la Historia, pues la poesía refiere más bien lo universal, la Historia en cambio lo particular. Lo universal consiste en que, a determinado tipo de hombre, corresponde decir y obrar determinada clase de cosa según lo verosímil y lo necesario. A ello aspira la poesía, aunque imponga nombres personales. Lo particular, en cambio, consiste en decir, por ejemplo, lo que obró Alcibíades y qué cosas padeció.

El párrafo no deja lugar a dudas: el historiador narra lo sucedido y el poeta lo que pudo suceder según lo verosímil y lo necesario. Si los historiadores que citas se permitieron ciertas “licencias poéticas”, para Aristóteles no dejaron de ser tales, y no licencias de historiador. Una parte esencial de la “revolución” que instalaba Heródoto era precisamente este sentido de correspondencia estricta entre el dicho y, por ejemplo, lo que obró y padeció Alcibíades.

Ahora bien, me hubiera gustado que especificaras la manera en que trata el historiador los hechos, que te adentraras precisamente en cómo la Historia se interesa en la “unicidad” o “particularidad” de los hechos; por ejemplo, en qué tuvo la historia de Alcibíades de particular o distinta de la de cualquier otro de sus contemporáneos. Pero esto ya es buscar la mosca en la sopa, siendo ésta, o sea tu libro, un magnífico guiso, listo para deleite del paladar más exigente, lo que incluye el mío. Recibe mis felicitaciones y, además, un abrazo.

Ma. Rosa PALAZÓN MAYORAL